



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 10 DE JULIO DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Ayer, hoy y siempre

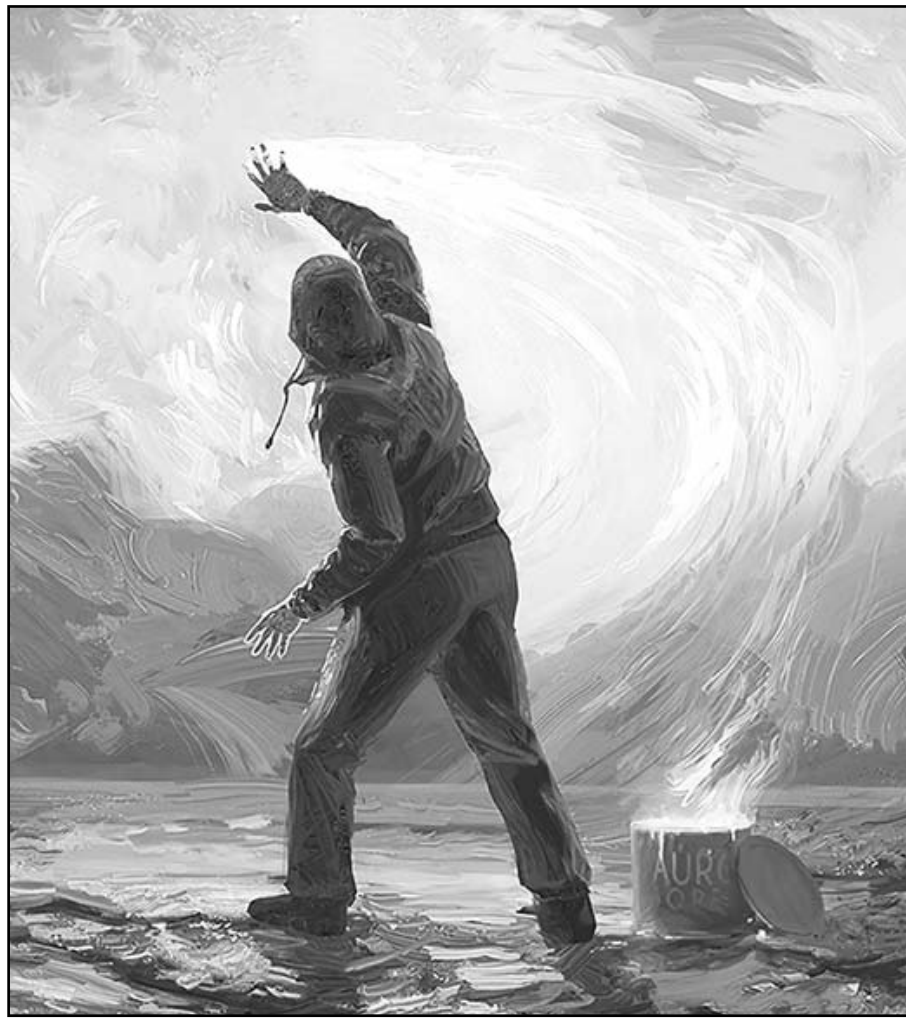
LISTOS
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Caminó frente a un largo librero con monografías sobre pintores, análisis e historias de la pintura. Pasó de largo y fue directo al pequeño espacio que se formaba entre el librero y la pared, donde se encontraba aprisionado un rollo de diez metros de largo y de alto: metro y medio, de papel Kraft. Cortó un trozo y lo pegó con cinta adhesiva a la barra de trabajo, para evitar que esta última fuera a mancharse de pintura. Nunca trabajaba sobre caballetes, sino con el bastidor horizontal mirando hacia arriba. Abrió la caja de pinturas. Adentro: Lápices de colores, lápices de pastel, pastel en barra, lápices de acuarela, crayones, acuarela, acrílicos. Acercó un bote con los pinceles sumergidos en agua. Esta vez, en lugar de tela, usaría papel. Desprendió un pliego de un bloque de hojas de dieciocho por veinticuatro pulgadas y lo colocó encima del de Kraft. Luego levantó la vista y miró a la mujer que lo observaba en tres cuartos, desnuda, sentada en un banco de madera, sosteniendo un violín por su brazo, con la mano izquierda, tocando las cuerdas de metal con los dedos, como si acariciara la voz que emite un beso sumido en la humedad de la boca.

Comenzó a dibujar el contorno con carboncillo mediano, de manera tan suave que iba dejando una línea temblorosa, casi insegura, una línea sin la dicha del poder de la expresión fuerte, con un trazo que era más un latido débil que está a punto de salir volando por la ventana. De pronto se escuchó un golpe en el vidrio del departamento que daba a Central Park. La mujer giró su cabeza para observar: un pajarillo que se había detenido en el pequeño balcón: "No se mueva", dijo el hombre. Y ella volvió a su postura, que no quedó igual. Don soltó el carboncillo y se dirigió a la mujer. La tomó de la barbilla y le hizo girar el rostro hacia la derecha. "Así estaba. Ahí quedese: quieta". Don volvió a su dibujo.

Completó el violín con trazos seguros. Movimientos rápidos, casi como si el artista se encontrara fuera de sí, poseído, de manera que con unas cuantas curvas quedó claro el contorno del instrumento musical. Pero la belleza no estaba en ese objeto, estrella sonora de la imaginación humana, sino en ella, la modelo, belleza incontente que la suerte le arrebató a la naturaleza o al mismo Dios, quien parecía encontrarse en el estudio, observando y preguntándose: ¿Dónde se encuentra la fantasía?

¿Cómo resolvería el desnudo? La presión absurda por superar a Klimt, Kokoschka o Fischl. "No importa", se dijo. No tuvo ninguna dificultad para encontrar el color del tono de la piel. Preparó inmediatamente los oscuros y claros para tenerlos a la mano y comenzó a llenar la superficie con calma y soltando libremente los movimientos del brazo, mientras los dioses y sus musas iniciaban



una conversación con él. Azul aquí, un acento en este segmento de contorno, la pierna de una redondez más contrastante, el oscuro de la sombra del cabello al caer sobre el hombro. La luz del sol que despierta la piel junto al pecho. De pronto, un poco de Modigliani aquí, y de Schiele por acá. Soltó el pincel y dio un trazo largo a su whiskey. Miró a su modelo.

No tenía tiempo para desealarla. Sobre el papel comenzaban a aparecer pequeños trozos de eternidad. Pero se verían ridículos si no llenaba toda la hoja con ese mismo toque. Sabía que de eso se trataba: que esa era la diferencia entre un golpe de suerte y la genialidad. Entre repetir el mismo cuadro de siempre y descubrir una mina de oro por explotar.

Ella comenzaba a cansarse. Miró el reloj de reojo. Aún faltaban quince minutos para que el tiempo acordado para la sesión concluyera. Estiró el cuello ligeramente y movió el tobillo. "Falta poco", le dijo Don. Y cuando ella logró observar la mirada del pintor mientras iba y venía del papel a su cuerpo, identificó algo en su rostro que ella conocía perfectamente: la cercanía del milagro, la carrera por alcanzar el último tren de la noche, el despertar simultáneo de toda una ciudad exactamente a las mismas siete de la mañana.

En unos instantes, la luz que entraba por la ventana lateral cambió su intensidad. Don soltó el pincel sobre el bote de agua, a punto de estallar en un grito de odio, y fue a asomarse al cielo: Una nube pequeña que tapaba el sol. La hora señalada para el fin de la sesión llegó.

"Necesito cinco minutos más", le dijo Don a su modelo, "no tarda en volver la misma luz". Ella, aprisionada por la esperanza de verse grabada, escuchando hasta su silla el latir del corazón del artista, le dijo: "No importa el tiempo".

Cuando la luz apareció, Don dibujó un trazo de color púrpura dividiendo los pechos, y una sombra en la entrepierna. Don se mantuvo quieto, con el pincel en la mano, a punto de decir "listo". Pero prefirió callar. Parecía atento, como si esperara a que Dios le dijera "listo". Entonces colocó un azul oscuro junto al púrpura, y Don se alejó de la hoja de papel. Y como si repitiera las palabras que en ese momento escuchaba de Dios, dijo: "Listos".

UNA VEZ MÁS...
OLGA DE LEÓN G.

Repente la escala. No dejes caer más fuerte un dedo que otro, pues bajaría o subiría la dinámica de la nota correspondiente. ¡Cuidado con el Fa natural!, Bien, uno, dos... ¡eso!, sigue así. No, no podrás hacerlo con las dos manos hasta que afiances por separado una y otra. ¡Comencemos!...

La alumna seguía lo mejor que podía las indicaciones de la maestra. Pero nunca quedaba contenta consigo misma. Le gustaba el piano. Quería aprender a tocar en él tanto piezas clásicas como música pop o moderna... Y, eso no era lo óptimo para quien enseñaba clásico.

Si logras tocar las grandes piezas de los clásicos de todos los tiempos, especialmente Beethoven, Mozart, Chopin, Liszt, Bach, Verdi; en fin, todos,

entonces seguro podrás tocar cualquier cosa romántica o de moda, le insistía su maestra. A quien nada había que le causara mayor enojo que escuchar a alguna alumna tocando "los changuitos". Y, ahora lo comprendo, era una grosería; como quien escribe b donde debe ser v o c donde debiera escribir s.

Tuvieron que pasar más de veinte años para que la entonces adolescente apreciara en toda su dimensión la tarea de su maestra Celina, quien, desde lejos, distinguía cuando una tecla, una nota, era tocada con el dedo equivocado. Lo que comprendió cuando ella se convirtió también en maestra: Maestra de la lengua, de la palabra propia y precisa para escribir un texto académico o creativo.

Lo mismo que el maestro de francés, quien distingue una pronunciación con "v", labiodental, que debía ser con "b", labial. Ella desarrolló el arte de distinguir una línea con cadencia y ritmo, una línea hermosa de otra prosaica o, peor aún, de una desafinada, desatinada y mal escrita.

Pasaron cuarenta años más, y ella, la adolescente tanto como la joven y la adulta, siguió enamorada de su lengua, de su idioma y de la palabra que da cuerpo a sus ideas, viste el pensamiento y lo pasea por donde mejor le place o tiene la fortuna de pasarlo.

Otro maestro que hizo eco en su vida y su corazón, fue el de la secundaria, quien siempre la elegía para leer en clase algún poema, cuento o fragmento de texto: ¡cuánto bien le regaló!, ya que le fue señalando un camino: primero, Filosofía; luego, varios años después, eligió una especialidad: Letras españolas. Y con estas, dejó caer todo su entusiasmo y su amor por lo propio, por la historia de su pueblo y la de España y algunos más, para tener perspectiva que ampliara el horizonte.

Finalmente, en la licenciatura, uno de sus mejores maestros, si no es que el mejor, la desvió de su elección primera: Letras. Cada que podía le insistía: qué hace usted en Letras, usted tiene una mente parmenídea (y, ella -con una sonrisa- lo corregía: heracliteana, doctor). ¡Es una filósofa nata! Fue su maestro de Introducción a la Filosofía, el Dr. Francisco Bucio.

Dígame, le dijo un día, por qué Letras: -porque me gusta escribir. -Y de qué va a escribir, si le falta el sustento, el pensamiento. Estudie Filosofía y podrá escribir, porque tendrá algo que decir: siguió su consejo. No se arrepintió.

Pero, no dejó en el olvido, Letras, luego haría una Maestría: era requisito para impartir cátedra en licenciatura; aunque ella ya tenía más de diez años dando clases a alumnos de licenciatura.

Las maravillosas y a veces trágicas vueltas que da la vida, no obstante, siempre llevan a donde cada uno quiso o quiere estar:

-Queridos jóvenes: Una vez más, sigamos donde nos quedamos ayer...



Marcel Proust

(París, 1871 - 1922) Escritor francés. Hijo de Adrien Proust, un prestigioso médico de familia tradicional y católica, y de Jeanne Weil, alsaciana de origen judío, dio muestras tempranas de inteligencia y sensibilidad. A los nueve años sufrió el primer ataque de asma, afección que ya no le abandonaría, por lo que creció entre los continuos cuidados y atenciones de su madre. En el liceo Condorcet, donde cursó la enseñanza secundaria, afianzó su vocación por las letras y obtuvo brillantes calificaciones. Tras cumplir el servicio militar en 1889 en Orleans, asistió a clases en la Universidad de La Sorbona y en la École Libre de Sciences Politiques.

Durante los años de su primera juventud llevó una vida mundana y aparentemente despreocupada, que ocultaba las terribles dudas que albergaba sobre su vocación literaria. Tras descartar la posibilidad de emprender la carrera diplomática, trabajó un tiempo en la Biblioteca Mazarino de París, decidiéndose finalmente por dedicarse a la literatura. Frecuentó los salones de la princesa Mathilde, de Madame Strauss y Madame de Caillavet, donde conoció a Charles Maurras, Anatole France y Léon Daudet, entre otros personajes célebres de la época.

Sensible al éxito social y a los placeres de la vida mundana, el joven Proust tenía, sin embargo, una idea muy diferente de la vida de un artista, cuyo trabajo sólo podía ser fruto de «la oscuridad y del silencio». En 1896 publicó Los placeres y los días, colección de relatos y ensayos que prologó Anatole France. Entre 1896 y 1904 trabajó en la obra autobiográfica Jean Santeuil, en la que se proponía relatar su itinerario espiritual, y en las traducciones al francés de La Biblia de Amiens y Sésamo y los lirios, de John Ruskin.

Después de la muerte de su madre (1905), el escritor se sintió solo, enfermo y deprimido, estado de ánimo propicio para la tarea que en esos años decidió emprender, la redacción de su ciclo novelesco En busca del tiempo perdido, que concibió como la historia de su vocación, tanto tiempo postergada y que ahora se le imponía con la fuerza de una obligación personal. Anteriormente, había escrito para Le Figaro diversas parodias de escritores famosos (Saint-Simon, Honoré de Balzac, Gustave Flaubert), y comenzó a redactar Contre Sainte-Beuve, obra híbrida entre novela y ensayo con varios pasajes que luego pasarían a En busca del tiempo perdido.

Consumado su aislamiento social, se dedicó en cuerpo y alma a ese proyecto; el primer fruto de ese trabajo sería Por el camino de Swann (1913), cuya publicación tuvo que costearse él mismo ante el desinterés de los editores. El segundo tomo, A la sombra de las muchachas en flor (1918), en cambio, le valió el Premio Goncourt. Los últimos volúmenes de la obra fueron publicados después de su muerte por su hermano Robert.

*ad pèdem literae**"Es mejor aceptar que te has equivocado. En ello hay magnanimidad"*

Jean Cocteau

Letras de buen humor*"Existen dos maneras de ser feliz en esta vida, una es hacerse el idiota y la otra serlo"*

Sigmund Freud

Javier García-Galiano

El silencio vivo

Quiero escribir con el silencio vivo
FINA GARCÍA MARRUZ

En fotografías y recuerdos conversados, en cartas y textos varios, en una revista y libros, en historias que parecen legendarias, en la escritura de escritores admirables sobrevive algo de lo que José Lezama Lima llamó "el ceremonial de Orígenes", que conformaba asimismo lo que María Zambrano consideraba "La Cuba secreta".

Guiándose por tres fotografías, en el prólogo a la edición facsimilar de la revista Orígenes, que publicaron El Equilibrista y Ediciones Turner en 1989, Marcelo Uribe recreó algo de ese "ceremonial": comidas en la iglesia de Bauta, en las que presidían la mesa José Lezama Lima y el padre Ángel Gaztelu, su párroco en ese entonces, en las que se reunieron Cintio Vitier, Collazo, tipógrafo de los talleres Úcar Ocaña, donde se imprimía Orígenes, Bella García Marruz, Eliseo Diego, Lorenzo García Vega, el pintor Mariano, Julián Orbón, Octavio Smith, Fina García Marruz.

En el texto preliminar a María Zambrano en Orígenes, editado por Ediciones de El Equilibrista en 1987, Eliseo Diego recordaba otras de esas reuniones frecuentes en las que se conjuraban los amigos que crearon la revista

Orígenes de 1944 a 1956 en torno a Lezama, por lo que manuales de literatura suelen referirse a ellos como "el grupo Orígenes". No sin cierta felicidad recordada, Eliseo Diego evocaba las reuniones en casa de Julián Orbón, "a quien llamé, a secas, el Músico", a las que también acudía una mujer llamada María, que "usaba para sus cigarrillos una larga boquilla de ébano. Jamás mujer alguna la habrá manejado con tanta elegancia y gracia", ante la cual hasta el propio José Lezama Lima "callaba para oírlo"; era María Zambrano, que entonces se había refugiado en La Habana, que confesó, en "La Cuba secreta", que sintió "a Cuba poéticamente, no como cualidad sino como sustancia misma. Cuba: sustancia poética visible ya. Cuba: mi secreto.

"Ahora un libro de poesía cubana me dice que mi secreto, Cuba, lo es en sí misma y no sólo para mí"; se refiere a Diez poetas cubanos 1937-1947, la antología concebida por Cintio Vitier conformada por los poetas que creaban Orígenes, entre ellos, Fina García Marruz.

Se dice que Fina García Marruz era una iluminada que descubría en lo inmediato una realidad misteriosa, que vivía en un universo en el que lo que ocurría podía parecer una visión, que



pronunciaba con naturalidad frases literariamente reveladoras.

De los resquicios que advertía con lucidez natural en el devenir cotidiano, "en una dimensión desconocida de lo evidente", también está hecha la poesía de Fina García Marruz. Se trata de iminencias que pueden resultar inquietantes, de momentos en los que convergen lo que ha sucedido, lo que sucede, lo que está por suceder, de misterios que derivan inexorablemente en el misterio de la fe. "Fina García Marruz, recogida, envuelta en su propia alma", escribió María Zambrano, "realiza esa hazaña que es escribir sin romper el silencio, de quietud

profunda de ser".

El último lunes de junio, Fina García Marruz sufrió esa transformación que llaman "la muerte". Tenía 99 años. Era, ella misma, un siglo.

*Cuando de pronto el mundo de ese acento distinto cobra una intimidad exterior que sorprende, se oculta sin callar, sin hablar se revela,**comprendo que es el corazón extinto de esos días manchados de temblor venidero la razón de mi paso por la tierra.*